

FRANCESC ROMA sj

## A Nani Vila, con admiración

Más allá del tópico de sentirte pequeño a su lado debido a su altura física, no es ninguna exageración afirmar que todas las personas que hemos tenido la suerte de convivir con Ignasi Vila nos hemos sentido fascinadas por su categoría humana y espiritual. No se trata de decir grandes cosas de él cuando nos ha dejado, sino de testimoniar el impacto discreto que te produce una vida entregada a fuego lento a las causas más grandes. A Ignasi lo ibas descubriendo poco a poco, en el decurso de una vida, sin pretenderlo, simplemente porque era así, y así se manifestaba. Como los buenos vinos, tenía una denominación de origen: la autenticidad. Quisiera recordarlo en tres dimensiones de su persona.

1. El educador. Él y quien os escribe hemos seguido caminos diferentes en la tarea educativa: él en el Sant Ignasi de Sarrià; yo, en los Jesuitas de Casp. Él, entregado a los adolescentes y jóvenes; yo, a los alumnos de Primaria. Y digo esto porque no es nada fácil atraer el interés y la admiración de alumnos que pasan por una etapa de vida compleja y rompedora, inestable y revolucionaria. Ignasi causaba una admiración progresiva; una seguridad y una confianza que le salían espontáneas. La admiración que los alumnos, las familias y todo el personal del colegio sentían por él era fruto de una presencia que les acompañaba día tras día.

2. El historiador. Más de una vez he pensado en la frustración que en los últimos tiempos debía de sentir cuando, privado de visión, ya no podía leer, investigar o escribir sobre temas que eran su pasión: la historia de la Compañía de Jesús, de san Ignacio, de Barcelona, de Cataluña. Su prodigiosa memoria suplía esta carencia. Ignasi vivía su vocación histórica con el placer de una vocación primordial. Y mirando sus apuntes y estudios, con aquella letra pequeña, te dabas cuenta de la visión amplia y del trabajo callado para buscar y encontrar las raíces de su vida como persona, como jesuita, como barcelonés, como catalán.

3. El compañero jesuita, enamorado de san Ignacio, de Manresa y de los Ejercicios. Llegamos al núcleo de su vocación: la de jesuita, que combina la misión recibida, la inquietud apostólica y el amor incondicional a Jesús, al Evangelio. Sensible a los grandes retos que la Compañía de Jesús tenía y tiene, vivió siempre una inquietud que no disminuyó con la edad. Discreto pero profundo; universal pero detallista; fiel hasta los últimos momentos. Siempre me he imaginado de su vida espiritual aquella oración que el salmista dirige al Señor: «Enseñanos a contar bien nuestros días, para que nuestra mente alcance sabiduría.» Sí, Ignasi, en lo más secreto de su corazón, vivía esta necesaria empatía de su espíritu con el Espíritu de Dios. Y esto lo hacía grande, muy grande...

Ignasi Vila, durante la presentación de un libro, el 4 de marzo de 2014, con el también jesuita Lluís Magriñà.



La admiración que los alumnos, las familias y todo el personal del Colegio sentían por él era fruto de una presencia que les acompañaba día tras día